

# MINOTAURO

PERIÓDICO de TOROS y TOREROS

## MANIFIESTO

**1** La tauromaquia es un arte transgresor, de vanguardia y resistente. En medio de una sociedad incolora, insípida y aséptica, los toros son un arte extremo, incómodo, impropio.

**2** La tauromaquia está sujeta a estrictas reglas de juego; no es, en ningún caso, una matanza sin escrúpulos. Sólo tiene derecho a matar al toro quien acepta poner su propia vida en juego.

**3** Los toros son hoy un «escándalo» porque reivindican en pleno siglo XXI la liturgia y el rito, en medio de una sociedad (casi por completo) secularizada y desprovista de ceremonias.

**4** El toro es el principal protagonista de la Fiesta. Al toro de lidia no se le degüella ni se le aniquila en las dependencias de un oscuro matadero.

**5** El torero, como oficiante del rito, debe hallarse investido de la condición de nobleza, vinculada a la integridad y rectitud de carácter. Eso le distingue del resto de la comunidad.

**6** No existe en todo el mundo un rito o acontecimiento cultural tan extremo y singular como la tauromaquia. Los toros no son un espectáculo meramente sangriento, sino más bien un rito de observación, rigor, autocontrol y depuración estética.

**7** Cuando asistimos a una corrida de toros lo hacemos a un acto cultural que trasciende más allá de los ruidos y que es, a la vez, contracultural.

**8** Las fiestas y los ritos tienen sentido. Para algunos colectivos, una parte importante de sus vidas se

basa en la posibilidad de participar de ciertas tradiciones fuertemente arraigadas en su cultura.

**9** El arte del toreo es vanguardia, pero el negocio de los toros es completamente arcaico y esclerótico. Sin una revitalización de todo este entramado será difícil que la tauromaquia sobreviva en medio de un entorno tan hostil como el actual.

**10** La tauromaquia no debe en ningún caso renunciar a su centro de gravedad: la muerte. Muy lejos de cualquier versión incruenta y aséptica de la corrida, es preferible la desaparición integral de los toros a la victoria de ciertas formas hipócritas y adulteradas.

MANIFIESTO COMPLETO EN PÁGINAS TRES Y CUATRO

Cualquier batalla cultural que se precie de serlo (tanto 'batalla' como, sobre todo, 'cultural') implica el conflicto ideológico entre distintos grupos sociales y la lucha por el predominio e influencia de los valores, creencias y prácticas de dichos grupos. Generalmente, estas batallas (casi siempre incruentas, aunque no siempre) se circunscriben a temas de fondo candentes en torno a los cuales existe un amplio desacuerdo social, dando lugar en el debate público a una fuerte polarización. Es el caso de la tauromaquia.

A contrapelo de ciertas ideologías, fes o creencias actualmente en auge (animalismo, antiespecismo, veganismo, etcétera), Minotauro alega que ha llegado el momento de dar esa batalla cultural y defender la tauromaquia con profundidad, rigor y afición. Esto resume en esencia el Manifiesto que proponemos a toda la sociedad (no solamente al mundo de los toros), en defensa de los valores inherentes a la tauromaquia como manifestación artística y cultural por derecho propio. Sólo explicando y haciendo explícitos los valores que encarna se puede hacer a día de hoy un alegato válido sobre la tauromaquia. Tenemos la obligación de dar a la sociedad (y a nosotros mismos como aficionados) argumentos que pongan en valor nuestra pasión compartida.

A la hora de proponer una defensa seria y razonada de la Fiesta (como se acaba de hacer en Francia, de la que tenemos tanto que aprender en este terreno) habría que tener en consideración que las corridas de toros se defienden mucho mejor estando en minoría que cuando se pretenden imponer a la mayoría. Uno de los argumentos más poderosos y contundentes en favor de los toros es aquel que apela al respeto por la diversidad cultural. Los toros son cultura y

como tal deben ser entendidos y protegidos. ¿Quién y en función de qué decide lo que es cultura y lo que no? ¿Quién y en función de qué decide las minorías que deben ser respetadas y las que no?

En un artículo de reciente publicación, el filósofo Francis Wolff ha dado una vez más en el clavo al decir que «los defensores de las corridas no deben tratar de ponerse en el lugar de sus oponentes (el espectáculo del sufrimiento del toro, etcétera), ya que se trata de una cuestión de sensibilidad y no de argumentación». En efecto, en este debate sin solución posible el conflicto de la sensibilidad es del todo insalvable. Los aficionados no vamos a la plaza de toros para ver sufrir a un animal, sino para ver a un hombre enfrentarse a la bravura de un toro y salir vivo del intento tras mirar cara a cara a su destino. Pero lo más importante en toda esta cuestión es que,

como señala Wolff, «nadie tiene derecho a reclamar para sí el monopolio de la moralidad». A lo que habría que añadir que tampoco nadie (ni siquiera aquéllos que no parecen distinguir entre el dolor humano y el dolor animal) tiene derecho a reclamar para sí el monopolio de la sensibilidad.

El Manifiesto Minotauro, que hoy nace, se ofrece a la sociedad con la idea de impulsar el debate y la defensa de los valores que encarnan la Fiesta. La defensa de un rito ancestral, y hoy plenamente contemporáneo, del que nos sentimos orgullosos y que tenemos la obligación de preservar, disfrutar y seguir desarrollando. Esto es lo que pretendemos: abandonar cualquier postura defensiva y jugar orgullosamente al ataque, poniendo en valor y exigiendo respeto hacia la Fiesta que amamos. Desde nuestra posición, vamos a intentar sumar a este debate al mundo intelectual y a las personas más brillantes de nuestra sociedad. El Manifiesto Minotauro no nace como una ley escrita en piedra, sino como una puerta abierta con la que nos gustaría integrar a todos los que aman, respetan o simplemente quieren entender de qué trata la tauromaquia.

Mucho peor que la desaparición por decreto de las corridas de toros sería no dar la batalla argumentando y explicando todo aquello que, como sociedad, perderíamos con su extinción. El Manifiesto Minotauro se presenta, por tanto, con vocación de ser un primer paso, el inicio de una reivindicación lo más rigurosa y razonada posible de la tauromaquia como expresión artística y cultural de unos pueblos que comparten esta pasión hoy puesta en entredicho y en serio peligro de desaparecer si no se da la batalla desde la mayor amplitud de frentes posible.

### EDITORIAL

## LOS TOROS, UNA BATALLA CULTURAL

# MANIFIESTO MINOTAURO

## 75 tesis sobre la vigencia de los toros en el siglo XXI

—I—

### DE LA NECESIDAD DE LA TAUROMAQUIA

**1** La tauromaquia forma parte esencial de una cultura ancestral, fruto de una épica basada en la vivencia colectiva en torno a la confrontación pública entre un animal fiero (el toro bravo) y el hombre.

**2** Si la corrida desapareciera de las regiones donde forma parte primordial de su cultura, se privaría a estos pueblos de la especial relación que sus gentes han mantenido históricamente con el toro, incluyendo aspectos míticos, simbólicos y religiosos. Dicha desaparición supondría una pérdida moral y cultural irreparable.

**3** Hoy en día, la tauromaquia es un arte transgresor, de vanguardia y resistente. En medio de una sociedad incolora, insípida y aséptica hasta el paroxismo, los toros son un arte extremo, incómodo, impropio. Un arte que (aparte de las emociones particulares que pueda experimentar cada espectador individualmente) aporta realidad, crudeza y verdad como contrapunto necesario al exceso de virtualidad, infantilismo y liquidez que nos invade.

**4** En sus diversas modalidades, la tauromaquia es en la actualidad una de las escasas tradiciones sociales en las que se ejemplifica simbólicamente el hecho (hoy inaudito) de que el hombre es un animal llamado a enfrentarse con su propia animalidad. Precisamente por su excepcionalidad, consideramos una exigencia ética que no se acaben perdiendo por completo las prácticas sociales en torno al fenómeno taurino.

**5** La tauromaquia no supone en ningún caso el valor identitario o esencialista de una nación en particular, sino que se ha ido desarrollando a lo largo de la historia en diversos territorios (desde Navarra hasta la región peruana de Apurímac, desde Cataluña hasta la costa del Caribe colombiano, desde el País Vasco hasta la Península del Yucatán, desde la Camarga francesa hasta Riobamba, desde Lisboa hasta Maracay, desde Ronda hasta Sevilla...), con su particular idiosincrasia y con las distintas particularidades adaptadas a las respectivas culturas de cada lugar. Todo este riquísimo patrimonio antropológico y cultural se perdería con la extinción de las corridas de toros.

**6** Los numerosos y feroces intentos de prohibir la tauromaquia, ¿responden realmente a la idea de potenciar nuestra humanidad como especie? ¿No serán más bien expresión manifiesta de una obstinada resistencia a asumirla en lo que tiene de radicalmente trágico?

**7** No se puede abordar un debate a fondo sobre tan delicado asunto sin responder antes al punto anterior de la forma más sincera posible. Dicho debate es del todo imposible hoy, porque los abolicionistas no sólo disienten, sino que desprecian profundamente a quienes no piensan como ellos.

**8** La intolerancia hacia la tauromaquia es la punta del iceberg de una censura general de todo lo que cae fuera del control político o de todo lo que, en un momento dado, puede llegar a descontrolarse. Un individuo que arriesga su vida en la verificación pública de su arte (proponiendo así una posibilidad existencial insegura y radical) señala, de forma deslumbrante, la gigantesca estafa a la humanidad que subyace en las diferentes variantes de la idea de «seguridad». Cuando se habla de seguridad, en realidad se está hablando de control. Obviamente, en una sociedad obsesionada por la seguridad/control, la tauromaquia acaba convirtiéndose en anatema.

—II—

### DE LA NOBLEZA DE LA MUERTE

**9** La tauromaquia nos muestra de forma paradigmática algo fundamental: poner la propia vida en juego puede llegar a ser un signo absoluto de soberanía. El hombre (el torero) debe esquivar con habilidad y astucia la infinitamente superior fuerza bruta del animal (el toro de lidia) siempre de cara, dejándose ver, situándose de manera deliberada en la línea de embestida natural del toro, asumiendo así un riesgo siempre presente durante la lidia.

**10** Enfrentarse a un animal desarmado, enfermo, mermado, inofensivo o pasivo es lo propio del matadero, es decir, todo lo contrario de lo que vamos a ver a una plaza de toros.

**11** Vivimos malos tiempos para la tauromaquia, un espectáculo intrínsecamente cruento. En nuestra sociedad los toros son un «escándalo» (algo que como aficionados deberíamos no sólo reconocer, sino también celebrar y defender) porque exponen de forma pública (y no hipócrita) la muerte, sublimándola desde la estética y la ética exigidas al matador en su enfrentamiento con el toro.

**12** La tauromaquia está sujeta a estrictas reglas de juego; no es, en ningún caso, una matanza sin escrúpulos. Según el antiguo código de los caballeros, no es honroso atacar al enemigo sin ponerse uno mismo en peligro. En el ruedo, la simetría y la reciprocidad toro/torero se han de guardar con el mayor rigor posible. El toro de lidia no muere en la oscuridad y la clandestinidad de un matadero, destino muchísimo más cruel, brutal y despiadado que la muerte en el ruedo.

**13** Entre el matador y el toro se debe guardar la máxima correlación y simetría posibles. Antes de la suerte suprema, el torero debe interpretar al animal expresamente; esta es la parte esencial del arte del toreo. El diestro que mejor interpreta y anticipa las reacciones del toro es el mejor torero. No se da en ningún otro lugar del mundo una relación similar entre humanos y animales; en el ruedo, el torero debe

jugarse la vida para llegar a entender al animal que tiene enfrente y el toro sólo puede ser muerto a estoque cara a cara. Es justamente en el profundo entendimiento psicológico del animal que tiene enfrente donde el hombre se juega la vida. ¿Hay quien dé más?

**14** En resumen: sólo tiene derecho a matar al toro quien acepta en semejante trance poner su propia vida en juego.

—III—

### DE LOS VALORES DE LA FIESTA

**15** La cultura antitaurina forma parte de la cultura taurina, entre otros motivos porque introduce la duda; por eso a un autor como Eugenio Noel (el escritor antitaurino por antonomasia) hoy sólo lo siguen leyendo algunos aficionados a los toros. Sin embargo, el abolicionismo, como ideología sumarisima que es, sólo produce axiomas, prohibiciones y censuras. La ética de la tauromaquia incluye la muy humana incertidumbre, mientras que las certezas del abolicionista devienen en fe absolutista, es decir, necesariamente, no ética.

**16** El mundo sufre actualmente una preocupante carencia de valores simbólicos. Los toros son hoy un «escándalo» porque reivindican en pleno siglo XXI la liturgia y el rito, en medio de una sociedad (casi por completo) secularizada y desprovista de ceremonias. En medio de este vacío simbólico se pierden aquellas imágenes y metáforas generadoras de sentido y fundadoras de comunidad que dan estabilidad a la vida.

**17** La tauromaquia es un *antivalor* en la sociedad actual. La afición debería asumirlo, celebrarlo y ponerlo de manifiesto naturalmente, sin ningún tipo de complejo. ¿Cómo no va a serlo en una sociedad entontecida sin remedio con la realidad virtual, una sociedad a la espera de irse definitivamente por el sumidero del metaverso? Frente a todas las promesas idiotas de esos mundos paralelos, los toros hoy son un ámbito de resistencia.

—IV—

### DEL TORO

**18** El toro es el principal protagonista de la Fiesta. Al toro de lidia no se le degüella ni se le aniquila con una descarga eléctrica en mitad del testuz ni se le cortan las patas cuando aún está vivo en las dependencias de un oscuro matadero. Muy al contrario, al toro de lidia se lo sacrifica en un rito público y solar que lleva implícito el inevitable trance de la suerte de matar. Es, justamente, en la suerte suprema donde el manejo de la espada por parte del matador implica un compromiso ético ineludible: no se puede matar al toro de cualquier manera.

**19** El toro tiene derecho a defender y vender cara su vida en la plaza sin verse sometido a ningún tipo de abuso (afeitado de las astas, merma de sus facultades, puyazos desmedidos...). Los propios matadores y sus cuadrillas deberían ser los primeros interesados en que así fuera. Es fundamental que el toro, auténtico eje de la Fiesta y elemento que da sentido a este espectáculo, tenga una presentación digna, como mínimo, cuando salta al ruedo.

**20** En la corrida, el toro no es ninguneado como una bestia a exterminar, sino que es tratado como un animal combatiente, al que un hombre (el torero) se enfrenta con lealtad y respeto, con gallardía y arte, superando su lógico miedo bajo la admiración de sus congéneres. La lealtad al toro se concreta en el respeto a sus armas naturales, tanto físicas como morales.

**21** Cualquier defensa relevante de la tauromaquia a la española (es decir, con la muerte del toro en la plaza) pasa actualmente por argumentos que se centren en el eje ecológico y en el eje político de lo que significa el toro de lidia, animal en que se desmontan las tensiones entre animalidad salvaje y animalidad doméstica.

**22** El sacrificio cruento del toro de lidia no sucede sin un soporífero cultural que le da sentido y crea, a su vez, un marco simbólico que lo explica. Esto puede ser entendido o no. Llamarlo «maltrato» no significa no entenderlo, sino que significa juzgarlo y, por lo tanto, pretender entenderlo. No obstante, juzgar aquello que no se entiende (como hacen los prohibicionistas que abogan por el fin de las corridas de toros) siempre es peligroso. Después de la tauromaquia pueden llegar otras cosas... Ya se sabe que el prohibir y el rascar todo es empezar.

**23** El toro de lidia es un animal único en el mundo, puesto que no es ni salvaje ni doméstico. Es, por tanto, el rastro de un animal primordial sobre el cual la humanidad ha construido la posibilidad para la supervivencia de aquel otro animal primigenio que fue en su origen. Cada vez que un toro salta al ruedo, está saltando una supervivencia temporal. Si desaparece la Fiesta de los toros desaparecerá para siempre este animal único. No lo podemos permitir.

**24** Este ideal ecológico y cultural supone que el toro de lidia es, al mismo tiempo, un símbolo político. Este prodigio no se puede conservar y mostrar en un catálogo, un muestrario o un zoológico. La preservación del toro de lidia es fundamental en términos que están relacionados con su vida; una vida absolutamente vinculada a la lidia; una lidia que conlleva necesariamente la posibilidad de su muerte, sin olvidar que, en casos excepcionales, puede conllevar también la posibilidad de su indulto.

**25** El ganadero de bravo es el último romántico del campo y el primero de la Fiesta, alguien que se dedica a mantener la riqueza genética del toro de lidia. Alimenta pasiones y colecciona rechazos en la selección, en los apartados, en los despachos, en el público soberano... Justo es reconocer, por tanto, el honor y el mérito de quien se dedica a mantener la casta, el trapío, la bravura, la nobleza, en definitiva, la búsqueda de la perfección en la tiente (laboratorio de ese arcano insondable que es la bravura).

**26** Con la muerte del toro en la plaza se celebra la fundación de una posibilidad histórica en el tiempo. El toro es el último lazo que nos queda con aquello que éramos antes de ser lo que somos. En la muerte del toro en la plaza se opera la transformación sacramental del animal que ya estaba antes de que los humanos pisaran la tierra, en símbolo para la invención y la construcción de la historia.

—V—

### DEL MATADOR

**27** Idealmente, el oficiante del rito debe hallarse investido, ante todo, de la condición de nobleza, vinculada a la integridad y rectitud de carácter. En consecuencia, sólo por el mero hecho de presentar esta especial condición, el oficiante ya se distingue del resto de la comunidad.

**28** La condición primaria de todo lidiador hay que medirla por la calidad de sus perfiles éticos. La necesidad de hallarse en las debidas condiciones de pureza de espíritu constituye un presupuesto ético y moral en el que existen, implícitos, determinados componentes cuasi religiosos. Componentes que, de algún modo, se hallan incorporados a la venerable respetuosidad que el diestro debe adoptar ante el toro. Todo matador debe llevar hasta sus últimas consecuencias su propia «significación torera».

**29** En tauromaquia el hombre se enfrenta a dos tipos de muerte: la real (que puede llegar a consecuencia de la cogida) y aquella otra muerte que ya señalara en su día José Bergamín, la muerte de su «significación torera». Un torero que no es fiel a sí mismo, a su propia personalidad a la hora de enfrentarse al toro, un torero que huye de ese compromiso para consigo mismo y su concepto de torería, estará muerto como torero si no verifica las suertes de acuerdo con su propio entendimiento y sentimiento. Si comete fraude, el público lo notará de inmediato y no lo tomará en consideración.

**30** Es necesario preguntarse por las razones últimas de la obra de arte intentando mostrar que a éstas responde una disposición del espíritu que encuentra en el torero una suerte de paradigma, de tal forma que, lejos de aproximar la tauromaquia a lo que convencionalmente entendemos por arte, se trataría más bien de reivindicar los orígenes de éste en la tauromaquia.

**31** Como bien ha señalado el filósofo Víctor Gómez Pin, la tauromaquia no peca respecto al arte por defecto (de sutileza o de rigor), sino por exceso (de radicalidad y ambición). Lejos de que el torero deba apuntar a ser fundamentalmente artista, sería fértil intentar reencontrarse a sí mismo (reencontrar la radical aspiración de sus orígenes) tomando modelo en la siempre frágil figura del torero.

—VI—

### DEL PODER DEL RITO

**32** No existe en todo el mundo un rito o acontecimiento cultural tan extremo y singular como la tauromaquia.

**33** La tauromaquia se reconoce en una idiosincrasia y una personalidad propias que la convierten en un espacio propicio al orgullo identitario, sin incurrir en desagrazos políticos ni en expresiones violentas. Las plazas de toros son un ejemplo de civismo y civilización, un templo cuyos feligreses no incurrir en comportamientos violentos, pero sí descriptivos de una ilustración respecto al rito que los convoca para compartir un tiempo y un espacio. Se nos podrá reprochar a los aficionados cierto grado de anacronismo (cosa que, en sí misma, no es ni buena ni mala), pero no la excepcionalidad de ciertos rasgos y principios agregadores.

**34** La tauromaquia a pie ha sido una invención del pueblo, pero son precisamente los pueblos los que están actualmente en cuestión frente a la invención de un nuevo individuo cuya única patria es el aislamiento. La crisis del propio concepto de 'pueblo', que está desvirtuando la democracia representativa, es la misma que afecta al pueblo plural que llena las plazas. En tiempos de crisis de las instituciones, es justamente «la república de las plazas» la que está en juego. ¿No estará la Fiesta en crisis precisamente por eso, por ser una institución?

**35** El teatro, la función de toros y la corrida tienen algo en común: un perímetro ritual. En los tres casos, ser consciente de estar entrando a un rito altera y transforma tanto a los principales protagonistas como al público. Para el actor, la entrada en escena implica la liberación de múltiples conflictos internos; en el caso de la tauromaquia, frente a un animal que significa y simboliza la muerte, el matador también libera sus propios conflictos internos. Toda esta representación está regida formalmente por la belleza y la estética y, al mismo tiempo, está relacionada con el más depurado racionalismo.

**36** En contra de lo que pudiera parecer en un primer momento, los toros no son un espectáculo meramente sangriento, sino más bien un rito de observación, rigor, autocontrol y depuración estética. El «menos es más» del minimalismo ya se valoraba en tauromaquia mucho antes de que lo reclamaran para sí otras manifestaciones artísticas.

**37** El torero es una cuestión estética en la que, gracias al peculiar escenario donde se desarrolla la lidia, se liberan conflictos internos, el dolor y la relación que el torero mantiene con la muerte. Si el torero (como dijo Ramón Gaya) «torea por todos nosotros», por medio de su exposición frente al toro, también está liberando nuestros propios conflictos individuales y colectivos. Ésta es justamente la *catharsis* a la que asistimos en la corrida de toros.

#### –VII– DE LA AFICIÓN

**38** Los rituales son una praxis simbólica en la medida en que juntan a personas de diversas procedencias y engendran una alianza, una comunidad, una totalidad. En el ritual taurino esta comunidad se denomina «afición».

**39** Históricamente, la tauromaquia no ha estado ligada a ninguna ideología política y sí ha estado muy relacionada con el mundo intelectual. Es necesario que estas puertas se abran de nuevo para que la tauromaquia no se vea abocada a refugiarse en el sector más conservador de la sociedad, al sentirse abandonada por todos los demás. Paradójicamente, como ha señalado Francis Wolff, en el reciente debate que ha tenido lugar en Francia con motivo de la última campaña antitaurina, la lista de personalidades de la literatura y la cultura que han firmado una columna en la prensa para defender las corridas se inclina significativamente hacia la izquierda, incluso en algunos casos hacia la extrema izquierda. Esto no nos aclara nada sobre los toros como fenómeno cultural, pero sí nos dice mucho sobre los partidos políticos y sus intereses electorales y sobre cómo se perciben ciertas ideologías a un lado y otro de los Pirineos.

**40** Por regla general, el aficionado a los toros no observa su pasión ni su afición desde una perspectiva política ni militante. La costumbre de ir a una plaza de toros nunca estuvo revestida de ninguna noción activista. Se trataba (ni más ni menos) de exponerse a un fenómeno ritual, mágico y lúdico, como quien acude a misa, al teatro o a la ópera. Y, sobre todo, como quien disfruta de una ceremonia compartida entre iguales. Se dan muchísimos casos de aficionados que pueden ser partidarios acérrimos de un torero estando muy alejados de sus inclinaciones políticas. En medio de esta cultura de la cancelación en la que estamos sumidos, habría que ver hasta qué punto esto es así en otras manifestaciones artísticas.

**41** Estamos inmersos en un hábitat sociológico que intimida o directamente silencia por completo el descaro y el desparpajo de un espectáculo a todas luces «intolerable», porque expone sin ocultamientos ni subterfugios la sangre y la muerte o, peor aún, porque las estiliza al sublimarlas por medio de la lidia y la muerte del toro.

**42** Hay que asumir sin complejos que la tauromaquia se ha desenganchado de la sociedad. La decisión de asistir a los toros implica hoy en día una valentía y exposición inasumibles dentro del actual código de comportamiento por parte de los iconos sociales. Por el contrario, la minoría resistente que se sigue identificando con las libertades y los placeres de la Fiesta está llamada a la movilización en una sociedad hostil, mojigata e infantilizada.

**43** Cuando asistimos a una corrida de toros asistimos a un acto cultural pleno, que trasciende más allá de los ruidos y que es, a la vez, contracultural. Una sociedad obsesionada con la producción y el consumo a ultranza, una sociedad en la que el monopolio de la moral lo ha terminado detentando prácticamente en exclusiva la filosofía utilitarista de raíz anglosajona, es incapaz de comprender el juego fuerte y excesivo, es decir, la muerte entendida como intensidad vital.

**44** En una fiesta caracterizada por el juego (y la tauromaquia no deja de ser a la vez fiesta y juego con la muerte como protagonista) la vida se representa a sí misma. Los aficionados a los toros entendemos la muerte como parte de la vida. Los toros constituyen la expresión más estilizada y depurada de una vida rebosante que no aspira a ningún objetivo. En esto, justamente, consiste su intensidad y radicalidad.

**45** En los últimos años venimos asistiendo a la irrupción en los tendidos de un público joven bastante numeroso. Estos chicos y chicas que acuden en pandilla a las plazas son el futuro de la Fiesta. Mal harían los viejos, sabios, nostálgicos y resabiados aficionados de turno si les acabaran expulsando del resabido a base de insistirles una y otra vez con la absurda y manida cantinela de que «esto ya no es lo que era». Muy al contrario, la tauromaquia nunca fue lo que era porque la tauromaquia siempre es, en presente.

#### –VIII– DE LA PLAZA DE TOROS Y SU LITURGIA

**46** El trabajo, que pertenece a la esfera de lo profano, individualiza y aísla a las personas, mientras que la Fiesta las congrega y las une en comunidad. La naturaleza cíclica de la Fiesta proviene del hecho de que los aficionados sentimos periódicamente la necesidad de congregarnos en los tendidos de una plaza de toros. La esencia de los distintos ritos taurinos (incluida, por supuesto, la corrida) es la colectividad.

**47** La plaza de toros es un lugar de congregación. Al igual que la sinagoga, la mezquita o la iglesia, el coso taurino es un lugar donde se celebran en comunidad rituales religiosos, es decir, donde se presta atención, en compañía de otras personas, a lo *sagrado* (en el caso de la tauromaquia, la muerte del toro-tótem).

**48** La religión (*religare*) supone, al mismo tiempo, *relegere*, es decir, «fijar la atención». En eso se distingue el templo o la plaza de toros del museo. Ni los visitantes del Museo del Prado ni los turistas que deambulan a diario por la Alhambra o suben a lo alto de la Giralda de Sevilla constituyen en ningún caso una comunidad; son masas o muchedumbres. También los lugares son profanados al quedar convertidos en sitios dignos de visitarse o en meras atracciones turísticas. Por el contrario, los templos y las plazas de toros son lugares que trascienden lo reunido. Una comunidad reunida para ver a un torero enfrentarse a su destino produce un innegable efecto de profundidad simbólica.

#### –IX– DE LA SOCIEDAD

**49** La tauromaquia genera desconcierto a nuestro alrededor porque rompe el confort que otorga la uniformidad. La tauromaquia reivindica la diferencia, tanto en lo relativo al rito, la liturgia y la jerarquía, como al descaro, la estilización y la claridad con que en ella se presentan ciertos tabúes incómodos para la sociedad actual, como, por ejemplo, la muerte, la sangre o nuestra propia animalidad.

**50** Las fiestas y los ritos tienen sentido. Para algunos colectivos, una parte importante de sus vidas se basa en la posibilidad de participar de ciertas tradiciones fuertemente arraigadas en su cultura. En sentido contrario, una ideología en auge las quiere abolir, pretendiendo hablar en nombre de una supuesta certeza basada en saber dónde reside la frontera entre lo conveniente y lo no conveniente. ¿Quién decide lo que nos conviene y lo que no? Y lo que resulta aún más inquietante, ¿con qué objetivos?

**51** El acoso social, la corrección política, la forzosa democratización/homogeneización del gusto y de los hábitos sociales, el colonialismo cultural impuesto desde el Imperio anglosajón, redundan, paradójicamente, en un acontecimiento extraordinario. La tauromaquia supone hoy un espacio de rebeldía contestataria contra ciertas convenciones sociopolíticas y contra el moralismo imperante en una época como la actual, donde los valores se utilizan como objeto de consumo individual.

**52** Numerosos medios de comunicación han tomado partido por lo políticamente correcto, cerrando sus puertas a la tauromaquia mientras abren su altavoz a programas y noticias que muestran lo peor de la sociedad y producen auténtica vergüenza ajena. Las mismas televisiones que silencian a los toros difunden sin pudor auténticas bazofias que denigran sistemáticamente a las personas sin que nadie parezca escandalizarse por ello.

**53** El neoliberalismo explota la moral de muchas maneras y los valores (la justicia, la paz, la humanidad, la sostenibilidad, el amor por los animales...) se consumen hoy como signos de distinción. En una sociedad que ofrece servicios de psicólogos para las mascotas o que decide castrarlas para una mejor convivencia con ellas, la tauromaquia, obviamente, se acaba convirtiendo en un fenómeno contracultural.

**54** El camino de recuperación es arduo y complejo. Los toros necesitan un rotundo y radical movimiento de apertura a la sociedad, empezando por un trabajo de difusión y proselitismo destinado a la abolición de los numerosos malentendidos en torno a la tauromaquia.

#### –X– DE LA URGENCIA DEL CAMBIO

**55** El modelo del negocio taurino permanece vigente como si nada hubiera ocurrido en estos últimos veinticinco o treinta años. Los toros están en peligro mientras no se produzca y se asimile un diagnóstico lúcido y sincero de la situación del sector.

**56** Es inconcebible que casi todas las ganaderías de bravo sean a día de hoy deficitarias; es insostenible la brecha salarial entre las primeras figuras y los demás toreros del escalafón, expuestos a un circuito prácticamente marginal que los contrasta con las divisas más duras y en los cosos con menor taquilla y repercusión; por último, es completamente anómalo que haya empresarios dispuestos a perder dinero organizando una corrida de toros o administraciones que programen corridas que exceden sus presupuestos. El modelo no se sostiene.

**57** El arte del torero es vanguardia, pero el negocio de los toros es completamente arcaico y esclerótico. Está anticuado y desfasado, más pendiente de reclamar glorias pasadas que de abordar el futuro y garantizar el desarrollo de la Fiesta. Sin una revitalización de todo este entramado será difícil que la tauromaquia sobreviva en medio de un entorno tan hostil como el actual.

#### –XI– DE LA VERDAD TAURINA

**58** La tauromaquia no debe en ningún caso renunciar a su centro de gravedad: la muerte. Los toros no son un acontecimiento enfermizo ni inmoral, pero la simplificación del debate y los hábitos de una sociedad cada vez más deshumanizada (a fuerza de animalizada y mascotizada) pretenden acabar transformando las corridas en un espectáculo incruento y meramente atlético.

**59** Muy lejos de cualquier versión incruenta y aséptica de la corrida, es preferible la desaparición integral de los toros a la victoria de ciertas formas hipócritas y adulteradas, diseñadas exclusivamente a la medida de una sociedad urbanita que desconoce por completo la realidad del animal y del campo, que esconde sistemáticamente la

muerte y que ha terminado por convertir al animal/mascota en poco más que placebo desnaturalizados para mentes infantiloides.

**60** El hombre debe ajustar su conducta en su relación con los animales a lo que ellos son, evitando el riesgo de antropocentrismo radical, pero también el papanatismo de considerar a los animales sujetos de los mismos o parecidos derechos que las personas. Dicho papanatismo probablemente esté derivado, en buena medida, del antropomorfismo tan extendido por las películas de animación («la ideología de Walt Disney» de la que ya hablan en su día Pedro Romero de Solís o François Zumbiehl).

**61** No habría peor error que renunciar a la esencia de la Fiesta (el rito y la muerte) para hacerse transigir en esta hipócrita sociedad del simulacro. Es mil veces preferible la resistencia en la minoría y en la heterodoxia que la renuncia a la propia idiosincrasia y la capitulación ante una sociedad inodora, incolora, aséptica e insípida.

**62** Proscribir la muerte expulsándola de la vida (en este caso da igual la matanza del cerdo, la pesca del atún o las corridas de toros) es constitutivo de una concepción farisea en que la muerte deber ser eliminada.

**63** Cuanto más uniformes y homogéneos son los hábitos, las costumbres, las mentes y las culturas en estos tiempos de globalización forzosa, más interés revisten los acontecimientos insólitos, extremos e inexportables. Ha llegado el momento de defender la Fiesta de los toros como la excepción cultural a la que tiene derecho una minoría sistemáticamente atacada desde diferentes frentes que abogan por un pensamiento único y que pretenden imponer su ideología a toda la sociedad.

**64** No se trata de que los toros nos trasladen a otras épocas pasadas. Simplemente, nos sustraen a ciertas convenciones contemporáneas que sería muy deseable dejar de lado. Este tiempo de la producción sin fin es, por definición, un tiempo sin fiesta. En una época dominada por la irreversibilidad del crecimiento ilimitado, la Fiesta de los toros (fiesta paradigmática por excelencia) se convierte en anatema y, en consecuencia, el aficionado a los toros en sospechoso. Estar sentados en el tendido de una plaza rompe con las reglas de esta sociedad tecnocrática/absolutista en la que vivimos.

**65** La inmersión en la Fiesta exige un esfuerzo de iniciación cuya principal recompensa consiste en el descubrimiento de una ceremonia insólita. Es más fácil rechazar los toros que intentar comprenderlos en toda su rica complejidad; es más sencillo abogar por su prohibición que admitirlos como una suerte de arte escénico extremo y radical al que sólo puede condenar a desaparecer una civilización absolutamente puritana, incivilizada e hipócrita.

**66** La gran arma de la tauromaquia es la ruptura, la transgresión, la incomodidad que provoca, su capacidad para escandalizar a las mentes más intolerantes y melindrosas. Cada vez escasean más los espacios rituales para desenfrenos lúdicos y festivos, que se demarcan de la forzosa cotidianidad (trabajo-consumo-ocio-trabajo-consumo-ocio...).

**67** Igualmente, cada vez escasean más los tiempos para demorar y templar la vida. La tauromaquia es una escuela del temple, es decir, una escuela radicalmente transgresora en estos tiempos de aceleración forzosa.

**68** Celebramos la Fiesta. El tiempo festivo es un tiempo detenido; no transcurre, no fluye. Por eso hace posible demorarse. El tiempo de la corrida es también un tiempo detenido (*eran las cinco en punto de la tarde...*). El tiempo de la Fiesta es un tiempo sublime. Por eso la demora, el retardo, la laxitud, el temple, en definitiva, es un valor tan apreciado en tauromaquia.

#### –XII– DEL PRESENTE Y EL FUTURO DE LA FIESTA

**69** En la Fiesta la vida se refiere a sí misma, en lugar de resignarse y subordinarse a una finalidad externa. El toro de lidia representa una forma intensiva de vida, mientras que el buey (el toro castrado) representa una forma subordinada de vida. Por su parte, el torero representa a un ser libre que elige su propia vida y se arriesga a su propia muerte en la verificación de su arte.

**70** La Fiesta de los toros (la fiesta por antonomasia) supone en nuestra sociedad un anatema, por eso justamente los quieren prohibir. En realidad, dicha prohibición nada tiene que ver con un supuesto interés por el bienestar animal; se trata más bien de influir y legislar sobre nuestras formas de vida (y, por tanto, de muerte).

**71** Paradójicamente, el anatema y el escándalo que suponen los toros en la sociedad actual pueden ser también su salvación. A medida que las sociedades se edulcoran, infantilizan, estandarizan y amuerman, resulta más atractivo y excitante asomarse al vértigo que propone un acontecimiento transgresor (vanguardista y anacrónico al mismo tiempo) y comunitario como las corridas de toros.

**72** La sociedad ritual no necesita empatía, pues funciona, como los tendidos de la plaza de toros, como una caja de resonancia.

**73** Cuando el mundo tiende cada vez más hacia la estandarización, cuando los hábitos más se generalizan miméticamente, más sentido tiene que la tauromaquia abandere la diferencia, la contracultura, la transgresión y la excepción a la regla. La transgresión es inherente a los ritos festivos; la transgresión es inherente a la Fiesta de los toros.

**74** No hay en la actualidad ninguna manifestación contracultural con más argumentos, fuerza y tradición que los toros.

**75** En medio del actual debate sobre las batallas culturales no podemos permitir que la tauromaquia desaparezca sin dar justamente eso, la batalla.